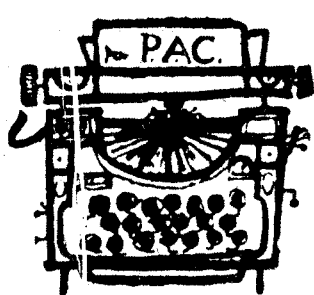


Robinson en el naufragio de Managua



Hace pocos días terminé de leer la novela del novelista francés, Michel Tournier: "VIERNES, o los limbos del Pacífico", que parecería especialmente escrita para proyectarse —como una parábola— sobre las situaciones que hemos estado viviendo desde el terremoto hasta el momento.

Para mayor coincidencia la novela está basada en Robinson Crusoe, el famoso y solitario náufrago que algunos autores han creído inspirado en un personaje real nicaragüense. Tournier toma el mismo personaje de la novela de Defoe para tejer una serie de aventuras desde las cuales metafóricamente revisa y pone en tela de juicio la civilización de consumo y muchos de sus más pretensiosos principios. Sin embargo, leída en la Nicaragua actual, su Robinson parece más bien la imagen terremoteada del nicaragüense en nuestra desconcertante "Reconstrucción y Esperanza". Para que la imagen sea más fiel, la isla desierta a donde llega Robinson después del espantoso naufragio, es bautizada por el náufrago con el nombre de "Speranza".

La "Esperanza" —tanto para Robinson como para nosotros, sobrevivientes del terremoto— es la isla de la soledad.

El desastre deja al hombre solo consigo mismo, desvalido e indefenso. Nuestro barco (o nuestra casa) fue destruido y cada solitario, envuelto en la noche, fue un Robinson arrojado a una playa desierta.

Este es el punto de partida de la aventura. El Robinson de Tournier, lleno de pánico en su soledad no toma, al comienzo, otra actitud que la de mantenerse escondido en el fango de los manglares de la costa, observando aturrido y medroso aquel lugar desconocido y como desconocido lleno de posibles peligros. La sumersión en el fango es una imagen oscura y dramática de esos primeros días de pánico, éxodo, miedo y pensamientos elementales que sigue a una catástrofe.

Poco a poco Robinson se anima a explorar la isla. Al cabo de unos días ya se atreve a internarse en ella y desde una altura de la "Esperanza" descubre un buen día los restos del buque destruido. Esta visión abre una segunda etapa en la vida del náufrago. Toma contacto con algo anterior, aunque destruido. (Es la imagen de los que se han ido y vuelven). Robinson entonces dedica largos días a recoger de las bodegas del casco destruido, todo lo que pueda serle útil, y lo amontona en una cueva de la isla. El contacto con ese mundo perdido (con las cosas del buque) despierta en él al hombre que fue. Despierta sus energías. Lo pone en una actividad que su mismo trauma y su misma soledad aceleran hasta el frenesí. Trabaja día y noche en arrancar tablas y clavos del buque hundido y en transportarlos a la costa; levanta luego un improvisado astillero, corta, clava, labora durante días y meses un nuevo barco en que pueda huir de esa isla solitaria y hostil hacia un lugar civilizado; pero un día ¡ay!, cuando clava el último clavo y trata de arrastrar su barco al mar, se da cuenta que es demasiado pesado para él solo y que nunca podrá moverlo por sus solas fuerzas desde el astillero hasta las aguas liberadoras.

Quizás también nosotros, como Robinson, no hayamos pensado que una reconstrucción no es nunca posible en la soledad o en la dispersión; que la actividad frenética dispersa (o asumida por un solo hombre) no tiene fuerzas, aunque parezca que construimos el barco, para rescatarnos del naufragio y de su soledad. Robinson sufre su primera frustración. ¿No será también la nuestra?

Después de este fracaso la vida de Robinson se abre a una nueva actitud. Incapaz todavía de transformar su mente y de adaptarse a la nueva vida y al nuevo medio —que repugnan a su condición de civilizado— se lanza a la empresa de IMITAR, a pesar de su soledad, las formas de

organización y de trabajo de la sociedad en que había vivido. Saca de la cueva los barriles donde había guardado los granos del buque náufrago y en una tarea sobrehumana limpia los campos, los siembra y los cultiva.

Con las telas sacadas del mismo buque se hace ropa elegante. Construye una cabaña. Redacta una constitución para la isla desierta.

Los domingos viste de gala. Pero el trabajo crece por que diariamente aumentan las cosas que tiene que hacer para mantener el nivel "civilizado" ya alcanzado. Ya no tiene descanso. Luego llega la cosecha. Los granos se multiplican en aquella tierra virgen, pero él mantiene los principios económicos de su civilización. Tiene que construir grandes depósitos. De esta manera su actividad se va convirtiendo en delirio y va acumulando una riqueza superior a la capacidad de asimilación y usufruto de un solo habitante. Los granos se pudren en los trojes. Las pesadas ropas de gala ¿qué funcionalidad tienen en aquel clima y en aquella soledad? — Ese delirio robinsoniano carece de un sentido último y real frente a la situación de su vida. Su abundancia, en realidad, le quita vida, lo hace miserable y esclavo de una actividad productora inhumana y sin sentido. Robinson descubre que ya no sabe sonreír. Es evidente que Tournier trata de darnos una imagen crítica de esa falta de finalidad humanista que invalida nuestra sociedad de consumo, lanzada a una producción que exige cada vez mayor demanda, mientras esa demanda crea a su vez y cada vez mayores necesidades. Pero, más cerca de nosotros, Robinson que en su delirio de capitalismo no se acuerda del medio y de la soledad en que vive, Robinson que se hace miserable por producir una desproporcionada riqueza ¿no es el símbolo de nuestra economía terremoteada y robinsoniana, con su danza simultánea de millones y de miseria, con su delirio de lucro en una isla de insularidad social, y con su inadaptación al medio, a la pobreza del medio como las ropas de gala del náufrago?

Es en ese momento que aparece Viernes, el nativo —el segundo habitante de la isla— a quien Robinson salva de ser sacrificado por unos canibales. Viernes, al comienzo, pasa a ser el esclavo del orden impuesto a la isla por Robinson. (Hablando en nicaragüense diríamos que es obligado a someterse a la jornada de 60 horas y a las otras leyes "sociales" que se nos dieron para nuestra reconstrucción y vuestra esperanza). Viernes, sin embargo, es el sentido común de la tierra, el hombre ingenuo y primitivo que sabe el valor de la vida y la finalidad de las cosas. Con inocencia destruye un día los cultivos que sobran. Con inocencia se ríe a carcajadas de las solemnes ropas de Robinson. Con inocencia va destruyendo uno a uno todos los principios falsos o artificiales del orden que Robinson se obstinaba en mantener, y va imponiendo los suyos, más libres, más reales, más humanos.

Viernes es tal vez el Tercer Mundo: la fuerza nueva y liberadora, llena de justicia, que trata de devolver a la vida su significación, su autenticidad y su plenitud.

Y Robinson aprende de Viernes. Aprende, en primer lugar, el valor de un compañero (el valor social del "otro"), e inserta en su soledad (en su egoísmo) la gran riqueza humana de la fraternidad. Aprende a conocer y a gozar, en profundidad, la tierra y la vida. Y adapta su mente al medio. En vez de imitar, crea.

La novela de Tournier termina con un final que no viene a cuento. La nuestra, la de nuestro robinsonismo en una isla que quiere llamarse Esperanza, está todavía en esa etapa en que Viernes, el nativo, trata de romper y cambiar el orden colonialista y anti-humano del delirante náufrago. Viernes es el pueblo: la autenticidad fecunda de toda revolución que hunde sus raíces en su tierra y en su historia.

PABLO ANTONIO CUADRA